



HISTORIA DE UN GUIÓN
Chandler y
La Dalia Azul

Página 3



CONTRATAPA
La Antártida
de Levinas

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 174 | JUEVES 2 DE ABRIL DE 2015

Memoria de Leopoldo Marechal

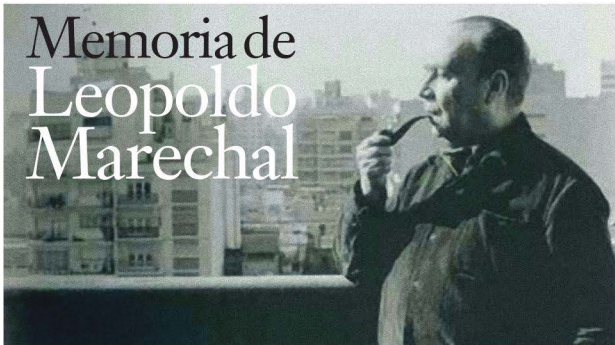
Archivo Histórico de Periodistas Argentinos www.ahira.com.ar

El perfume de los guisados y las recetas ancestrales se mezclan con el impulso vital de sobrevivir a las barbaries cometidas en nombre de la humanidad durante el siglo XX en *La cocinera de Himmier*, una clásica novela del premiado escritor Franz-Olivier Giesbert, quien hila un siglo de historia a través de las experiencias gastronómicas, eróticas y vengativas de Rose, su singular

protagonista. Narrada en primera persona, esta viejita astuta nunca pierde el sentido del humor, pero tampoco el deseo sexual y el afán de venganza, tres elementos por los que milita cada día de su vida. Como una suerte de cuaderno de memorias, aparecen allí ciudades como Marsella, Berlín, Trebisonda, París y Pekín y paisajes como el Mar Negro, el Mediterráneo y la Provenza.



Memoria de Leopoldo Marechal



→ MARIO GONZÁLEZ

No recuerdo bien si en *Hoy en la Cultura* o en *El escarabajo de oro*, una de las primeras notas que escribí y publiqué en mi tal vez remota juventud (además de un comentario sobre la obra de Javier Heraud, a quien acababa de descubrir; el poeta peruano asesinado en el río Madre de Dios con balas de las que se usaban para matar fieras en la selva), fue sobre Leopoldo Marechal, titulado "A treinta años de poemas australes". El título sería o el algo muy parecido, quiere decir que habría de ser hacia 1968, días más días menos. Una nota que, sin duda, no vale la pena buscar ni recuperar, muy primorosa, poco centrada desde un punto de vista crítico y académico, aunque entusiasta y llena de entusiasmo y cariño que, ya entonces, profesaba por el Maestro. Lo admiraba a don Leopoldo desde antes, desde mi paso por el Colegio Nacional de Carlos Casares, donde él muy joven y gran profesor Eitel Ormuy Negri nos hablaba de *Antígona*

Vélez (1951), que él había representado en La Plata, y nos leía, sin prurios de emociones, algunos de sus versos, en los que yo había aprendido, con esa buena costumbre que heredaba de mi madre (y que tanto sostiene George Steiner), de memoria, y guardándolos por eso toda mi vida, varios de sus más bellos poemas. Siempre quise, hasta hoy, su poesía.

Aquellos tempranos contactos literarios anteriores se sumaron a amistades sobrevivientes, puesto que en la época de *El escarabajo de oro* lo tratamos a menudo. Fui, efectivamente, cuando joven, regular visitante de su departamento de la calle Rivadavia, en Once, a veces acompañando a los amigos de la revista, en más de una ocasión solo. Era un placer tratar a esa persona fina, solícita, elegante en su salubridad, sensible, campesana y muy cordial. Todo ello nos llevó a pedirle, con Vicente Battista y Edgardo Trinch, cuando fundamos la revista, una revista de ficción y pensamiento crítico, que nos autorizara el uso del nombre de su magnífica novela, *Adán Buenosayres*, para titularla.

Modesto, o en la época algo cansado de hacerse de enemigos, delicadamente declinó el ofrecimiento. Nació entonces, por homofonía o semejanza, aquella *Nueve, tres* que sacamos y mantuvimos con un grupo de buenos amigos durante cuatro aciagoos años (entre el '70 y el '74), y en su primer número hubo una generosa nota de don Leopoldo, muy de actualidad en aquel momento (y, para los que tengan algo presente la historia del país, por siempre), llamada "El poeta de puesto". Lamentablemente, muy poco tiempo después debió aparecer otra nota, en el n°2 de *Nueve, tres* (set. oct. nov. 1970), deplorando su fallecimiento, escrita a cuatro manos con Vicente, con quien Marechal había mantenido interminables e inútiles polémicas sobre la mejor manera de hacer una pasta con salsas sicilianas o napolitanas o calabresas.

Vale la pena reproducir algunas líneas de esa nota, que me parece se preguntó el porqué de tanta ausencia en el velatorio de la Sade. Pero lo que para unos fue pregunta no hubiera sido sorpresa para Leopoldo Marechal. Estaba acostumbrado a ciertas espaldas. Algunas vez había elegido el destierro en

medio de su patria: "Elba y yo tomamos una decisión tan heroica como alegre; encerrarnos en nuestra casa y practicar un 'robinsonismo' amoroso, literario y metafísico". Por esa determinación muchos lo creyeron muerto o viviendo en Europa. El exilio, motivado por su peronismo, lo sufrió en Buenos Aires, en Rivadavia al 2300, muy exactamente".

Pocos años antes de morir, vino un momento de calma y hasta ensayos de acercamiento por parte de sus adversarios políticos. Pero "este redescubrimiento" no era un idóneo en relaciones públicas. Aceptó, sí, un viaje: fue jurado en Casa de las Américas. Al regreso intentó difundir sus impresiones.

El público de la autocensurada *Primera Plena* no llegó a conocer "la isla de Fidel". Comenzaría entonces la segunda etapa del proceso: ya no hubo premios, invitaciones, poldanditas. Los gabinetes psicológicos se habían estivoicidido y se contaría ya para el estado con el régimen, pero dolía reconocer que ni siquiera integraba el coro de los opositores tolerados. Nada. Había que convencerse de

que Leopoldo Marechal no era un escritor del sistema". (...) Por eso en la Sociedad Argentina de Escritores, en soledad para elegidos, se veló un cuerpo yacente, mientras el hombre que escribió "la tierra sepulta con honor a sus caídos" y en otras manos pone su batalla" se codeaba con los suyos en la noche de vigilia de su pueblo y, en la mañana neblinosa del sábado 27, rendía su homenaje combatiente a Emilio Jáuregui, otro que, como él, vio a su tiempo que "la Patria es un dolor que aún no tiene bautismo". Esto es lo que escribíamos hace unos días, hace apenas cuarenta y cinco años. Y de lo que, por cierto, no cambiaríamos una coma.

Como en la Sade, fuimos también muy pocos, no más de veinte, cabalito en la memoria, los que estuvimos aquella mañana en Lino, un sábado o domingo de junio del '70. Todavía sus amigos de *Martin Fierro*, de la vanguardia de ficción y pensamiento peronista. Fiel a su recuerdo y a su poesía (a lo que su poesía había sembrado en mí), mi primera novela, *Café de la tarde por el fondo de las ojas* (Barcelona, 1976), llevó un acipite suyo: "La patria es un dolor que nuestros ojos / no aprenden a llorar".

MILENA BUSQUETS RECREA DESDE LA FICCIÓN EL VÍNCULO QUE TUVO CON SU MADRE

En la novela *También esto pasará* Milena Busquets recrea desde la ficción el vínculo que tuvo con su madre. "(...) En parte consciente, supongo, de que el amor de mi vida era tú y de que ningún otro amor huracanado podría con el tuyo. Después de todo, amarnos como nos han amado en la infancia, y los amores posteriores suelen ser sólo una réplica del primer amor", dice la protagonista de la novela,

publicada por Anagrama. En la primera escena Blanca, de 40 años, asiste al funeral de su madre en el cementerio de Cadaqués, pueblo situado en la Costa Brava en el que la editora Esther Tusquets (1936-2012) pasó los veranos en una casa frente al mar. A esa casa decide trasladarse Blanca, rodeada por sus seres queridos, para elaborar la pérdida a través de un diálogo imaginario con su madre.



JUEVES 2 DE ABRIL DE 2015 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

Chandler y *La Dalia Azul*

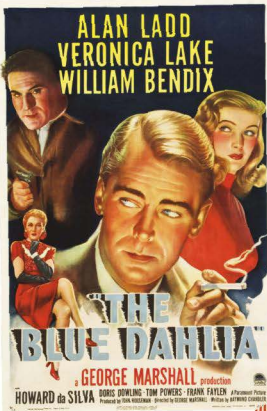


JAVIER CHABRANCO

Raymond Thornton Chandler nació en Chicago el 22 de julio de 1898. Tras el abandono de su padre, su madre lo llevó a vivir a Inglaterra, donde recibió una educación clásica que incluía latín y griego. Viajó por Francia y Alemania y se nacionalizó británico en 1907. De regreso en los Estados Unidos se casó con Cissy Pascal, el gran amor de su vida, que le llevaba casi veinte años. Antes de ser escritor fue bancario, periodista y ejecutivo de una empresa de petróleo. Participó en la primera guerra mundial donde se destacó como un héroe. A partir de 1939 escribió siete novelas con el personaje de Philip Marlowe, y dejó una inconfundible que tiempo después finalizaría Robert Parker con el título *Poodle Springs*. Chandler escribió también poemas, una serie de cuentos y los ensayos *El simple arte de matar* (1944), *Escritores en Hollywood* (1945), *Noche de los Oscars en Hollywood* (1948), y *El diez por ciento de tu vida* (1952).

Entre 1944 y 1951 trabajó como guionista de la Paramount. Su novela anterior, *La dama del lago*, había sido publicada en 1943, y un tiempo antes había sido rechazado como voluntario para la segunda guerra mundial por su delicado estado de salud debido a su adicción al alcohol. Recién volvió a publicar otra novela en 1949, *La bermeja joyena*.

Chandler colaboró en seis guiones. El primero fue la adaptación de *Double Indemnity*, la novela de James M. Cain, que hizo en colaboración con Billy Wilder, el director de la película, con quien mantuvo una relación muy conflictiva. La película se estrenó en español como *Parto de sangre* y en Portugal *San Filipe*. *Double Indemnity* en el cine fue con *Extracción en tren*, la novela de Patricia Highsmith que adaptó para Alfred Hitchcock. Luego de finalizado el trabajo de Chandler, Hitchcock hizo rescribir buena parte del guión por sus colaboradores



AFICHE. CHANDLER EN LOS CRÉDITOS DE LA DALIA AZUL (VER AMPLIACIÓN).

habituales. Tampoco Patricia Highsmith había quedado satisfecha por la adaptación.

De esos años, Frank MacShane, uno de sus biógrafos, cuenta una anécdota muy curiosa y poco conocida. Se dio alrededor de 1944, cuando Alan Ladd, el actor mejor pagado de la Paramount iba a ser llamado a las filas por el servicio militar. El estudio le ofreció dos años. En ese momento Chandler se encontraba escribiendo una novela que no avanzaba. Uno

de los pocos que conocían esta situación era su amigo John Houseman, productor ejecutivo del estudio. Chandler le había dicho que pensaba desistir en la escritura de la novela y convertirla en guión. A Houseman se le ocurrió que esa media novela podía convertirse rápidamente en la historia que el estudio buscaba para un nuevo filmado. Chandler también, sobre todo por su amistad con Houseman.

Recorda John Houseman: "Fue a principios de 1945 (...) cuando la superioridad de la Paramount vio con horror que Alan Ladd, la estrella más importante

de la empresa y principal crédito económico (...), habría de volver al ejército tres meses después, sin dejar tras de sí un solo metro de película que la empresa pudiera comercializar en su ausencia. (...) A las 48 horas, la Paramount había comprado *The Blue Dahlia* por una suma importante y Ray Chandler estaba trabajando en un guión para Alan Ladd (...) Ray entregó la primera mitad de su guión, unos 45 minutos de película, en menos de tres semanas, a un promedio de cuatro o cinco páginas por día. Esto no era ningún milagro; las escenas y los diálogos eran un material que ya estaba escrito, con transiciones que Ray colocó directamente en el guión."

El rodaje comenzó sin el guión terminado, algo absolutamente inhabitual en la maquinaria de Hollywood. Si bien

fianza absolutamente demolida, le siguió a Houseman que la única manera de terminar el guión era hacerlo en estado permanente de borrachera para no pensar en la ofensa, en el orgullo herido. El estudio aceptó; no tenía otra opción. Lo primero que hicieron fue llevarlo al bar de la esquina a que se emborrachara.

El estudio tomó precauciones extras por la frágil salud de Chandler. En la puerta de la casa del escritor hubo todo el tiempo dos limusinas disponibles, estuvo rodeado de enfermeras y un médico que le inyectaba vitaminas, y lo rondaban secretarías las veinticuatro horas, disponibles a tirar lo que él les dictara, y quien sabe a qué cosa más. Dio resultado: el guión se completó y se filmó.

La película se llamó *La Dalia Azul*. Fue dirigida por George Marshall y protagonizada por Alan Ladd y Veronica Lake. Cuenta la historia de Johnny, que al volver a casa luego de la guerra descubre que su mujer se ha enamorado del dueño del club "La Dalia Azul". Johnny piensa en vengarse, pero apenas abandona la idea su esposa aparece muerta y él pasa a ser el principal sospechoso. Se estrenó en 1946, el mismo año que *El sueño eterno* dirigida por Howard Hawks, con Humphrey Bogart y Lauren Bacall sobre una

novela del mismo Chandler, lo que eclipsó su importancia. Igualmente, *La Dalia Azul* fue nominada al Oscar como mejor guión original.

En 1947 la Universal pagó a Chandler 100.000 dólares por un guión titulado *Playbook* que nunca llegaría a filmarse. Diez años más tarde, Chandler lo convertiría en la última de sus siete novelas. *Chandler convenció a los dueños de la película que se creían en él, que no confiaban en un afilado. Luego de varias idas y venidas, Chandler, con su con-*



Chandler estaba cumpliendo con los plazos establecidos por la producción, uno de los jefes del estudio no tuvo mejor idea que proponerle un premio extra de cinco mil dólares si acababa a tiempo. En palabras de Chandler, convencido de que se creían en él, que no confiaban en un afilado. Luego de varias idas y venidas, Chandler, con su con-

Chandler estaba cumpliendo con los plazos establecidos por la producción, uno de los jefes del estudio no tuvo mejor idea que proponerle un premio extra de cinco mil dólares si acababa a tiempo. En palabras de Chandler, convencido de que se creían en él, que no confiaban en un afilado. Luego de varias idas y venidas, Chandler, con su con-

EDITAN EN CÓRDOBA LA POESÍA REUNIDA, DE JULIO CASTELLANOS

Lo impreciso, la fugacidad, la levedad, lo ingravido, la huella de la sombra que parte y la totalidad de la vida en una "pausa en la nada" son algunas de las marcas que dan singularidad a la obra del poeta cordobés Julio Castellanos (1947), compuesta por catorce libros que integran la compilación voluminosa *Poesía reunida* (1983-2013). Entrevistado por **Télam**, Castellanos

explica que "reunir los textos en un volumen significaba, por un lado, un cierre conceptual y, por otra parte, tuve la fantasía de que se abiera una nueva etapa. Creo que esta *Poesía reunida* es una especie de balance, de blanqueo, de descanso necesario en un proceso de escritura que desconozco cómo y cuándo culminará. Es un gesto de completud en el transcurso de la incompletud que somos".



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 2 DE ABRIL DE 2015

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTI ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

➔ JUAN PABLO BERTAZZA



La Antártida de Levinas

A l igual que las historias, las tramas y los testimonios, no todos los sitios del mundo tienen el mismo grado de verosimilitud, es decir, de conexión con aquello que, a falta de un nombre mejor, podríamos llamar lo real. Por supuesto que gran parte del asunto depende del vínculo entre ese lugar del mundo y la subjetividad que lo habite, lo encarne o lo visite. Pero lo cierto es que hay destinos geográficos que, por su exuberancia, su extrañeza, su idiosincrasia o incluso por su singularidad parecen robados más bien de otros mundos, otros planetas, otras galaxias.

Entre los más representativos de semejante condición es, sin lugar a dudas, la Antártida, el continente desde el cual

se recorta el Polo Sur. Conocido por algunos como el sexto continente (aunque es el cuarto más grande después de Asia, América y África) la Antártida contiene casi el 80% del agua dulce del planeta y, como no cuenta con una población nativa originaria, su contacto con el hombre arranca recién en el siglo XIX.

Impresionado a nivel teórico y también pragmático (por todo lo visto y todo lo estudiado), el filósofo, físico y escritor Marcelo Leonardo Levinas —entre sus libros se destaca *El último oríen de Colón* (otro viajero, dicho sea de paso) que resultó finalista del Premio Planeta 2001— estuvo ahí cuando se decidió que se hiciera algo con el inmenso asombro que le generó ese sitio donde el mundo pega la vuelta y hace muy poco Metelica brindó un inusual concierto.

El resultado, en este caso, es un libro de colección —de 128 pági-

nas, 130 fotos a todo color (sobre todo, blanco, por supuesto) salpicadas por una serie de textos breves y poéticos (escritos en español y traducidos al inglés) que profundizan la belleza de las fotografías que el propio Levinas registró durante su estadía en la Antártida.

Los glaciares como vestidos de novia, el frío como una aspiradora del color azul, el gris como aprendiz del blanco: en *Antártida, la otra parte del mundo* (así se llama el libro) las metáforas, las sinestesias ("Al viento se lo puede ver", "los colores se esconden en el más absoluto silencio") y demás herramientas de exploración literarias se relevan, se superponen, se van vistiendo por el viento, como un vértigo con lo que se acumulan los diferentes tonos de blanco en ese extremo geográfico que, define

Levinas, cumple la utopía de ser un lugar inimaginario y pone en crisis la idea misma de la belleza por aquello de que siempre queda algo fantástico por descubrir.

Vale decir que esa especie de olimpiada invernal poética que pone en práctica esta obra no sólo se debe a la oportuna convergencia de imágenes poéticas que Levinas configura con su pluma ("Parece como si al iceberg lo hubiese rastreado un gigante. Pero son los hilos que dejaron las uñas del viento") sino por las propias imágenes (las fotos) que, por momentos, parecen detentar la última palabra. Es lo que sucede, por ejemplo, con la extraordinaria foto del viento, un viento que (actual) de un libro marino en primerísimo primer plano que permite advertir ciertos rasgos humanos casi, en un gesto de enorme expresividad.

Tal como indica Levinas en uno de los textos, los principales

personajes de la trama antártica son el cielo, la montaña y el mar. Y en cada una de las páginas de este libro el autor resalta sus interacciones, amplifica sus zonas de conflicto, reconstruye su mutua influencia. Enfatiza, en definitiva, el glorioso teatro de la Antártida aun cuando culmina la introducción del libro arguyendo que "La Antártida es melancolía sin drama".

Si viajar sin experimentar algún tipo de metamorfosis, si conocer un lugar remoto sin atravesar alguna forma de inspiración se considerara una herejía, Levinas se habría salvado al mismo tiempo que, de cuenta de cada uno de los capítulos, el viento del blanco de la Antártida, logra resignificar con este libro aquello de la fobia a la página en blanco.